



Article

Reflexiones Sociológicas Sobre el Deporte, la Violencia y el Proceso de Civilización (Parte I)

Sociological Reflections on Sport, Violence and The Process of Civilization (Part I)

Eric Dunning

Universidad de Leicester.

RESUMEN

Actualmente, existe la creencia —muy extendida en determinadas sociedades— según la cual la violencia está aumentando en todos los ámbitos de la vida social, incluido el deporte. En primer lugar se hace un breve repaso de la teoría de Elias sobre el proceso de civilización. A continuación, mediante el análisis del deporte en el mundo antiguo, en el medieval y en los inicios de la era moderna europea así como el del desarrollo inicial de las formas específicas del deporte, se demuestra que los resultados principales corroboran la teoría de Elias. El artículo concluye con un análisis de los hooligans del fútbol y el de las políticas sociales emprendidas recientemente a este respecto.

Palabras Clave: sociología, deporte, violencia, civilización.

ABSTRACT

At the present time, it is widely thought — and very much so in certain societies — that violence is increasing in all of social life, including sport. Firstly, the theory of Elias on the process of civilisation is briefly reviewed. Then, by looking at sport in the ancient and the medieval world and the beginning of the modern European era as well as the initial development of the specific forms of sport, the main results are shown to corroborate the theory of Elias. The article concludes with an analysis of football hooliganism and the social policies recently undertaken in this respect.

Keywords: sociology, sport, violence, civilización.

INTRODUCCIÓN

Casi todo el mundo cree que hoy vivimos en uno de los períodos más violentos de la historia de la humanidad. De hecho,

probablemente sea justo decir que, en las sociedades occidentales al menos, atravesamos actualmente un proceso de “descivilización”, sobre todo con respecto a la violencia física, que se graba profundamente en el Zeitgeist contemporáneo, una de las creencias dominantes de nuestro tiempo. Los psicólogos, Eysenck y Nias, por ejemplo, se refieren a lo que denominan “varios hechos conocidos” que, afirman, “han ayudado a persuadir a muchas personas de que la civilización en la que vivimos puede estar en peligro de sumergirse bajo una oleada de crimen y violencia” (Eysenck y Nias, 1978, 17). Razonando desde una perspectiva diferente, otro psicólogo, Peter Marsh, considera que los últimos avances han provocado un declive en las oportunidades para la “violencia ritual socialmente constructiva” —lo que llama “aggro”— resultando que ha aumentado la violencia incontrolada y destructiva. Usando una variación de la distinción de Erich Fromm entre agresividad “benigna” y “maligna” (Fromm, 1977), Marsh argumenta que se ha dado un salto de la violencia “buena” a la violencia “mala”. Las personas, dice, son “casi tan agresivas como siempre pero la agresividad, a medida que su manifestación se hace menos ordenada, vierte más sangre como su consecuencia” (Marsh, 1979, 142).

Cuando Marsh escribió esto su mente se centraba sobre todo en el hooliganismo del fútbol, que ha pasado a conocerse ampliamente en la Europa continental en los últimos años como “la enfermedad Inglesa”. Sin embargo, la preocupación actual por el incremento de la violencia relacionada con el deporte no se limita ni a la conducta de los hinchas de fútbol ni a Gran Bretaña. August Kirsch, director del Instituto Federal del Deporte en Alemania Occidental, por ejemplo, escribió recientemente que, “los tumultos de los espectadores en los grandes eventos deportivos son uno de los apéndices negativos del deporte moderno” (Hahn, Pilz, Stollenwerk y Weis, 1988, 7), y Peter S. Greenberg, un periodista americano, incluso llegó a afirmar que, “... la violencia de la multitud que se divierte nunca antes fue tan desenfrenada en los campos deportivos de América” (en Yiannakis y otros, 1976, 217-221). Hace algunos años Don Atyeo, periodista australiano, hizo una de las declaraciones más rigurosas de este tipo. Atyeo detecta semejanzas entre los deportes modernos y sus equivalentes en la Roma Antigua, y piensa que existe una tendencia autodestructiva hacia una mayor violencia a nivel mundial en los deportes modernos, principalmente como resultado de la búsqueda de excitación por parte de los espectadores (Aty eo, 1979, 377).

Por lo tanto, casi todo el mundo cree que el deporte y la sociedad se caracterizan hoy en día por tan altos niveles de violencia que ambos están al borde del colapso. ¿Qué luz aporta la investigación sociológica sobre este complejo y conflictivo problema? Para encontrar una respuesta a esta pregunta, voy a emprender lo que podría parecer a algunas personas como un camino bastante tortuoso. Más concretamente, comenzaré por proporcionar un somero esbozo de la teoría de los procesos civilizadores desarrollada por Norbert Elias (Elias, 1939, 1978, 1982). Esto me llevará a enfrentarme —en términos abreviados e, incluso, supersimplificados— con algunas cuestiones sociológicas complejas.

La principal observación estriba en que la teoría de los procesos civilizadores se basa en el hecho de que, en las sociedades de Europa Occidental en la Edad Media y Moderna, se ha producido un refinamiento más o menos continuo de los modales y las normas sociales, junto con un incremento en la presión social sobre la gente para ejercer un autocontrol más estricto, más firme y continuo sobre sus sentimientos y conducta. Como parte de este proceso espontáneo, se ha producido un cambio del equilibrio entre las presiones externas y el auto-limitación a favor del auto-restricción y, a nivel de la personalidad, un incremento en la importancia de la “conciencia” o “super-ego” como regulador de la conducta. Es decir, las normas sociales han llegado en el curso del proceso civilizador europeo a interiorizarse más profundamente, y a actuar, no sólo conscientemente, sino por debajo del nivel de la racionalidad y el control consciente, por ejemplo por medio de la activación de los sentimientos de culpa, ansiedad y vergüenza.

Un aspecto del proceso civilizador europeo que es de relevancia vital para el desarrollo del deporte moderno depende de un endurecimiento en la regulación normativa de la violencia y la agresividad, junto con un declive a largo plazo en la propensión de la mayoría de la gente al obtener placer con la contemplación de actos violentos y/o la implicación directa en ellos. Elias se refiere en esta conexión a una “disminución de la Angriffs-lust (agresividad)” (1939, 263-283), literalmente a una restricción del deseo de atacar, es decir, una domesticación del deseo y capacidad de la gente por obtener placer atacando a otros. Psicológicamente, esto ha provocado dos cosas: en primer lugar, una disminución del “umbral de repugnancia” sobre el derramamiento de sangre y otras manifestaciones directas de la violencia física. Como resultado, las personas hoy en día rehúyen más fácilmente la presencia de tales manifestaciones que las personas de la Edad Media. En segundo lugar, ha provocado la interiorización de un tabú más estricto sobre la violencia como parte del super-ego. Una consecuencia de esto es que los sentimientos de culpa están obligados a despertarse si se viola este tabú. Al mismo tiempo, se ha producido una tendencia —quizás manifestada más drásticamente con el abandono de las ejecuciones públicas— a ocultar la violencia tras las escenas y, como parte de esto, a describir a las personas que disfrutaban abiertamente de la violencia en los términos de la psicopatología, castigándolos mediante la estigmatización, la hospitalización, el encarcelamiento o una combinación de los tres.

¿Cómo puede explicarse este proceso civilizador? Para la comprensión popular, los términos “violencia” y “civilización” normalmente se consideran contrapuestos pero la teoría de los procesos civilizadores sostiene que la civilización occidental a largo plazo ocurría involuntariamente junto con la eliminación violenta de las disputas entre los reyes y otros señores feudales. Éstos llevaron al establecimiento en cada nación-estado europea naciente de monopolios estables y eficaces

sobre los principales instrumentos mutuamente soportables y parejos de decisión: el derecho a usar la fuerza y el derecho a imponer impuestos. En otras palabras, lejos de ser opuestas, violencia y civilización se caracterizan por formas específicas de interdependencia. Más concretamente, la civilización depende del establecimiento de una eficaz demanda para el ejercicio del control monopolístico sobre los medios de violencia y esto, a su vez, facilita la pacificación interna y el crecimiento económico. En resumidas cuentas, básicamente un proceso civilizador es una función de la formación del estado y de la riqueza creciente. Finalmente, el proceso civilizador europeo hasta ahora ha sido un proceso en el que los grupos socialmente superiores han tomado el liderazgo y en el que las normas han tendido a extenderse de arriba a debajo de la escala social.

Permítanme ahora examinar el desarrollo del deporte dentro de este marco. Como espero demostrar, los márgenes principales en este desarrollo intentan confirmar la teoría de los procesos civilizadores hasta donde permiten sus direcciones y sus “causas”. Comenzaré por repasar brevemente y con propósitos comparativos los “deportes” del mundo antiguo. Examinaré a continuación los deportes de la Europa medieval y de comienzos de la moderna, y después de eso, el desarrollo de lo que hemos convenido en definir y reconocer como “deportes” hoy. Finalmente, me acercaré a la cuestión del hooliganismo del fútbol. Dado que no tengo tiempo para hacer justicia a las complejas cuestiones que se suscitan en esta conexión, me limitaré a un par de puntos básicos sobre los “deportes” de la Antigüedad.

Existe la tendencia tanto en el discurso académico como en la mitología popular de considerar a los “deportes” de la Grecia clásica como la representación de algún tipo de “no va más” del logro deportivo civilizado. Por contra, los “deportes” de la Roma clásica normalmente se contemplan como un regreso a la barbarie. No voy a negar, desde el punto de vista de los valores actuales, la indudable crueldad de los “deportes” de la Roma clásica. La brutalidad de los combates de gladiadores, los simulacros de batallas y las matanzas se conocen perfectamente. Sociológicamente, estos “deportes” son indicativos de una actitud ante la vida muy diferente de la nuestra (Auguet, 1972). Sin embargo, seguramente es menos conocido el hecho de que la violencia de los juegos romanos no se limitaba a los eventos en la arena: a menudo también se comportaban violentamente las multitudes de todo el imperio. Tómense, por ejemplo, las facciones del circo en las carreras de cuadrigas. Se dividieron principalmente en “los Azules” y “los Verdes”, y un indicativo de cuán violentamente se comportaban a veces lo proporciona el hecho de que, en Constantinopla en 491, 498, 507 y 532 dC, incendiaron el hipódromo de madera, haciendo Justiniano construir un estadio de mármol. Con mucho, el peor de estos alborotos del circo fue en 532 dC cuando los Azules y los Verdes unieron sus fuerzas, rescataron a los prisioneros que iban a ser ejecutados, y finalmente fueron derrotados por las tropas con un coste estimado de 30.000 vidas (Guttman, 1986, 32). Las 39 muertes en el estadio Heysel, Bruselas, en 1985 e incluso las 318 muertes estimadas en el partido Perú-Argentina en Lima en 1964, la peor catástrofe relacionada con el fútbol de los tiempos modernos, están, me parece —y no deseo negar la enormidad de los trágicos eventos implicados en cualquiera de estos casos— situados según esta comparación en una perspectiva algo diferente de ésta que procede de considerarlos en términos centrados en el presente, totalmente al margen de la historia de los deportes.

¿Pero qué se sabe sobre los “deportes” de la Grecia clásica? ¿Eran, como la mitología actual consideraría, menos violentos que los “deportes” de la Roma clásica? Juicios comparativos de este tipo son difíciles de hacer pero los hallazgos existentes sugieren indudablemente que eran mucho más violentos que los deportes modernos. Tómese, por ejemplo, el “pankration”, una combinación en la Grecia clásica, según Finley y Pleket, de lucha libre, judo y boxeo y uno de los eventos más populares de los Juegos Olímpicos originales (Finley y Pleket, 1976, 40). En el “pankration” informamos, ...los competidores luchaban con todo su cuerpo... (Ellos) podían sacarse los ojos mutuamente, ...ponen la zancadilla a sus rivales, agarran sus pies, narices y orejas, dislocan sus dedos y brazos, y aplican presas estranguladoras. Si un hombre conseguía derribar al otro, podía sentarse sobre él y golpearle la cabeza, la cara y las orejas; también podría darle patadas y pisotearle. No hace falta decir que los contendientes en esta lucha brutal a veces recibían las heridas más espantosas y que frecuentemente los hombres morían. (Elias en Dunning, 1971, 99)

Un testimonio adicional sobre la violencia en la Olimpiada griega clásica procede del hecho de que los “hellanodikai”, los responsables de los Juegos, empleaban dos tipos de ayudantes: los “mastigophoroi” o portadores del látigo, y los “rabdouchoi” o “portadores del garrote”, cuya tarea era controlar a los competidores y a los espectadores (Guttman, 1986, 17). La necesidad de funcionarios de este tipo era indicativa de lo intratables que debían ser a menudo las multitudes y de que requerían una medida fuerte de restricción física impuesta externamente. Una prueba de cuán ingobernables eran la proporciona el hecho de que el alborotador borracho era un problema tan grande que en los Juegos Píticos de Delphi se prohibió a los espectadores llevar vino al estadio (Guttman, 1986, 17). ¡Evidentemente la prohibición del actual gobierno británico sobre el alcohol en el fútbol no es nada nuevo!

Los “deportes” de la Grecia clásica se basaban en la ética de una nobleza guerrera. A diferencia de los deportes modernos, implicaban una tradición de “honor” más que de “rectitud”. Eso ayuda a explicar la gran violencia que normalmente se toleraba en ellos. Este nivel de violencia también estaba de acuerdo con la frecuencia con la que las diferentes ciudades-estado estaban en guerra y con el hecho de que la vida en ellas generalmente era más violenta e insegura que en las naciones-estado modernas. De hecho, una de las principales justificaciones de los “deportes” en la Grecia clásica era como

entrenamiento para la guerra (Finley y Pleket, 1976, 113). Eso también solía cumplirse para los “deportes” de la Europa medieval y de los inicios de la era Moderna. Es de éstos de los que ahora me ocuparé.

En la Edad Media europea, había tres tipos principales de “deportes”: los torneos, las contiendas de tiro con arco y los juegos populares. Había algunas imitaciones en las distintas clases sociales y existían variaciones entre los países a este respecto pero, en general, tales “deportes” solían ser específicos de cada clase. Es decir, los torneos se limitaban a los caballeros y escuderos, los enfrentamientos de tiro con arco a las clases medias, y los juegos populares, como su nombre implica, al “pueblo llano”. Aunque los torneos experimentaron un proceso civilizador en el curso del cual se transformaron cada vez más en espectáculos públicos con una violencia más “fingida” que “real” (Barber, 1974, 19-30; Guttmann, 1986, 36), es la tradición popular la que más me interesa dado que es a partir de esa fuente de la que surgieron los deportes modernos más civilizados como el fútbol y el rugby.

El fútbol y el rugby modernos proceden de un tipo de juegos populares medievales que, en Gran Bretaña, tuvieron varios nombres como “football”, “camp ball”, “hurling” y “knappan”. Las variantes continentales incluían “la soule” en Francia y el “gioco della pugna” en Italia. La pelota en tales juegos se movía, lanzaba y golpeaba con “sticks” así como con el pie, y los partidos se jugaban en las calles de las ciudades así como en campo abierto. Se jugaban con un número variable, formalmente libre, de personas, a veces más de 1.000. No existía ningún equilibrio de fuerzas entre los dos rivales y los reglamentos eran verbales y localmente específicos en vez de escritos, generalizados e impuestos por un estamento controlador central. Sin embargo, a pesar de tal variación local, los juegos en esta tradición popular compartían al menos una característica común: todos eran juegos de enfrentamiento que implicaban la usual tolerancia de las formas de violencia física que ahora se han prohibido, junto con un nivel general de violencia física que era mayor que el permitido hoy en rugby, fútbol y juegos equivalentes.

El hecho de que esto fuera así se verá en unas pocas citas de los siglos XVI y XVII. Estos dos siglos son la fuente más rica de evidencia sobre tales juegos principalmente como resultado de los ataques hacia ellos de los Puritanos y de los contraataques de los rivales de los Puritanos. A pesar de la contaminación ideológica que se transmitió así inevitablemente, la evidencia de los siglos anteriores y posteriores confirma las fuentes de los siglos XVI y XVII (Dunning y Sheard, 1979, 21-45). En resumen, estos juegos populares constituyeron tradicionalmente la estructura que resistió varios siglos, y un cuerpo considerable de evidencias fiables apunta al hecho de que, según las normas actuales, tales juegos eran muy rudos y salvajes.

Oímos, por ejemplo, que en Chester, se jugaba anualmente un partido de fútbol entre los gremios de zapateros y de pañeros el martes de carnaval desde “tiempo inmemorial”.

Sin embargo, en 1533 lo que se describió como “personas mal dispuestas” habían venido, al parecer, a tomar parte resultando que “... se sufrió mucho daño, algunas personas de la gran muchedumbre cayeron en trance, unos cuantos tenían sus cuerpos magullados y aplastados; algunos sus brazos, cabezas o piernas fracturados, y algunos mutilados de otro modo o en peligro de muerte” (Dunning y Sheard, 1979, 23). Al describir el “hurling” de Cornish en 1602, sir Richard Carew escribió que el juego va “acompañado de varios peligros para probarlo, cuando termina el “hurling” los verá retirarse a casa, como de una batalla campal, con las cabezas ensangrentadas, los huesos rotos y fuera de sitio, y tantas heridas como para acortar sus días...” (Dunning y Sheard, 1979, 27). Un año más tarde, sir George Owen dijo del “knappan” galés que ...en este juego se vengan los rencores personales, de modo que a cada momento se tiran de las orejas, pero una vez que se agarran los dos, todas las personas de ambos bandos toman partido, de modo que algunas veces verá 500 ó 600 hombres desnudos, enzarzándose todos a golpes. (Dunning y Sheard, 1979, 28)

Igual que en el caso del “hurling” de Cornish, algunos participantes en el “knappan” jugaban a caballo. Los jinetes, decía Owen, “llevan enormes garrotes, de 3.5 pies de largo, tan grandes como violento era el partido”. Un testimonio adicional sobre la violencia de tales juegos es aportado por sir Thomas Elyot, el discípulo de Erasmo y amigo de sir Thomas Moro. Escribiendo en 1531 en su libro titulado “El Gobernador”, Elyot condenaba el “balón pie” como un juego en el que “sólo hay furia brutal, y violencia extrema; que provoca lesiones, y por consiguiente rencor y malicia que permanece con ellos desde que es herido; por lo que se mantiene en continuo silencio”. (Elyot, 1531; citado en Marples, 1954, 66).

De hecho, entre 1314 y 1667, las autoridades locales o estatales hicieron intentos infructuosos para prohibir estos juegos violentos en más de 30 ocasiones. Así mismo, en Francia se hicieron intentos infructuosos para prohibirlos, por lo menos hasta la Revolución (Elias, 1939). Que las variantes continentales eran tan violentas y escandalosas como sus equivalentes británicas, es sugerido por la siguiente descripción del “gioco della pugna”. Se jugaba en el norte de Italia, principalmente con los puños y era, ...a menudo algo mejor que una batalla campal, un torneo disputado con las armas proporcionadas por la naturaleza.

Una versión aún más dura... se daba cuando los “jugadores” se lanzaban piedras entre sí, un pasatiempo honrado por la condena de Savonarola. En Perugia, mil o más hombres y mujeres se reunían en la lucha anual de la piedra, que se volvió tan violenta que las autoridades intentaron moderar el derramamiento de sangre en 1273 amenazando que quienes

mataran a sus rivales serían acusados de asesinato. (Guttmann, 1986, 52)

¿Cómo se desarrollaron las formas modernas del fútbol a partir de esta violenta tradición popular? En Florencia, durante el Renacimiento, se desarrolló un juego más moderado y regulado, el “gioco del calcio”, jugado por los nobles (Marple, 1954, 67; Young, 1968, 26). Sin embargo, aún éste, hasta donde se puede decir, estaba controlado en último caso por filas de piqueros presentes en caso de que la excitación de la contienda llevara, bien a los nobles jugadores jóvenes, bien a los miembros del público, a dejarse ir y perder su autocontrol (Guttmann, 1986, 51). Se ha sugerido que el “calcio” puede haber formado el modelo en el que se basan el fútbol y el rugby pero no existe ninguna evidencia directa sobre tal proceso de modelado y difusión. Parece más probable, especialmente dado que no aparecieron hasta dos o tres siglos después de la creación inicial del “calcio”, que el desarrollo de estos juegos fuera principalmente un proceso que se dio independientemente en Inglaterra. Eso, al menos, es compatible con el juicio del historiador y filósofo holandés, Johan Huizinga, que, en su influyente libro, “Homo Ludens”, describía este país como “la cuna y foco de la vida deportiva moderna” (Huizinga en Dunning, 1971, 13).

Aunque ya en los siglos XVI y XVII hay una o dos señales del desarrollo de las formas más moderadas y reguladas, toda la evidencia sugiere que esto no es así. Por consiguiente, es razonable suponer que el desarrollo inicial del deporte moderno en Inglaterra, en el sentido de un proceso que implica la aparición de formas deportivas desde las que podía tener lugar un desarrollo futuro más o menos continuo, se daba fundamentalmente en dos fases principales y superpuestas: una fase que empezaba en el siglo XVIII en la que predominaban los miembros de la aristocracia y de la clase media, y una fase que comenzaba en el siglo XIX cuando grupos de miembros de la ascendente burguesía se unían a las clases de hacendados para tomar el liderazgo. La evidencia también sugiere que esta institucionalización estable de formas de deporte con considerable potencial evolutivo esté más en función de más amplios desarrollos sociales, sobre todo de las variantes peculiarmente inglesas de los procesos de civilización y formación del estado, que de las propiedades de estas formas deportivas emergentes *per se*. Más concretamente, el siglo XVIII vio la aparición de las formas más regularizadas y civilizadas del boxeo, la caza del zorro, las carreras de caballos y el críquet, mientras el siglo XIX vio la aparición de las formas más regularizadas de la competición atlética y, sobre todo, el desarrollo precoz de los juegos de pelota más civilizados tales como el fútbol, el rugby, el hockey y el tenis. El predominio creciente de los juegos de pelota y de las formas no-violentas de la competición atlética por encima de la caza, especialmente cuando se mataba a la presa, discutible en sí mismo, representaba un “cambio” civilizador con algún sentido. De este modo, además, el hecho de que los deportes modernos evolucionaran en el tiempo —al menos en los países no-totalitarios— se justificaba cada vez menos como un entrenamiento para la guerra y cada vez más como un saludable, agradable y socialmente constructivo “fin en sí mismo”. Permítanme examinar ambas fases, especialmente la del siglo XIX, con más detalle.

Una hipótesis obvia para explicar la aparición inicial del deporte moderno sería asociar este proceso con el hecho de que Gran Bretaña en el siglo XVIII comenzaba a ser la primera nación industrial del mundo, en otras palabras sugerir que probablemente había algún tipo de conexión entre lo “deportivo” y las “revoluciones industriales”. Tal hipótesis no sería errónea pero, poner demasiado énfasis en el significado independiente de los “factores económicos”, sería una excesiva simplificación. De hecho es mejor rastrear las “revoluciones” industrial y deportiva para una transformación social global en la que, de existir, eran predominantes los desarrollos políticos antes que los económicos. Gran Bretaña en el siglo XVII fue alcanzada por un ciclo de violencia asociada principalmente con la guerra civil, el regicidio y la llamada “revolución gloriosa” (Elias en Elias y Dunning, 1986, 26ff). En otras palabras, en ese siglo, junto con el conflicto religioso y también debido al conflicto engendrado por el intento de Stuart de establecer una monarquía absoluta, el monopolio de la violencia del estado fue desafiado severamente. Sin embargo, en el siglo XVIII se restableció el monopolio de la violencia - aunque bajo las condiciones en las que los grupos aristocrático y de clase media conservaban mayor autonomía y poder que sus equivalentes en la Francia absolutista. Por esa época, además, las pasiones se habían calmado y comenzaron a aparecer las formas de conducción política de los partidos parlamentarios. Era en el contexto de una sociedad cada vez más pacificada, sujeta a las formas más eficaces del reglamento parlamentario, en el que comenzaron a surgir en primer lugar las formas modernas del deporte. Que éste era el caso lo sugiere el hecho de que hay estrechos paralelismos entre los nacientes rituales parlamentarios de partido y los nacientes rituales del deporte moderno. Ambos, según comenzaron a desarrollarse en la Inglaterra del siglo XVIII, llegaron a implicar los modos menos violentos de manejar luchas y conflictos que habían predominado previamente. En otras palabras, no era una cuestión de algún “factor político” abstractamente conceptualizado que influía de algún modo en el desarrollo del deporte sino del hecho de que los grupos de reglas en la Inglaterra del siglo XVIII transformaban simultáneamente los aspectos políticos y de ocio de sus vidas en la misma dirección. Que la parte del ocio de este proceso implicaba lo que Elias llamaría un “esfuerzo civilizador” (Elias en Elias y Dunning, 1986, 22 ff) surge quizás más claramente del desarrollo del boxeo y de la caza del zorro. Más concretamente, el desarrollo del boxeo se conectaba con la aparición de un código combativo por el que los “caballeros” pasaron a organizar sus “lances de honor” cada vez menos mediante el duelo con espadas y pistolas, y cada vez más sólo con sus puños. Según el reglamento del boxeo inglés, el uso de las piernas y los pies eran tabú a diferencia del salvaje francés. Igualmente, por contraste con las precoces formas de la caza, en la caza del zorro los miembros de la aristocracia y de la clase media necesitaban desde el siglo XVIII en adelante matar a los zorros “por delegación”, es decir, mediante los perros. Ellos mismos no tomaban parte directamente en la muerte (Elias en Elias y Dunning, 1986, 161-164).

Una de las condiciones previas para este proceso de desarrollo evidentemente era la autonomía mantenida por los hacendados de la aristocracia y la clase media. A diferencia de sus equivalentes en la Francia absolutista, podían formar clubs y normalmente se asociaban libremente. El hecho de que los principales miembros de su estamento no se convirtieran en cortesanos ni tuvieran que vivir permanentemente en la capital sino que pudieran dividir su tiempo más o menos a medias entre la “temporada londinense”, durante las sesiones del parlamento, y la vida en sus propiedades, también ayuda a explicar el tiempo y energía que podían consagrar a las actividades deportivas rurales. Pero permítanme volver ahora a la fase del siglo XIX que vio la aparición de la Asociación del fútbol y el rugby.

Por contraste con sus antecedentes populares y, en la mayoría de los aspectos, con juegos más avanzados pero todavía pre-modernos tales como el “calcio”, el fútbol y el rugby representan a los deportes que son más civilizados en al menos seis sentidos de los que carecían las formas más antiguas. Más concretamente, el fútbol y el rugby modernos son más civilizados en el sentido de que cada uno de ellos implica:

I) las estrictas limitaciones sobre el número de participantes y la igualdad numérica entre los bandos rivales;

II) la especialización en las prácticas de chutar, o del manejo y lanzamiento de los chuts, junto con la eliminación del uso de “sticks” para golpear a otros jugadores o a la pelota. Igualmente, todos los jugadores van a pie. Es decir, las prácticas que a menudo estaban indistinta y peligrosamente mezcladas en la antigua tradición popular han pasado a estar institucionalizadas por separado en forma de juegos específicos y diferenciados tales como el fútbol, el rugby, el hockey y el polo;

III) un cuerpo administrativo y regulador centralizado, la “Football Association” en el caso del fútbol, y la “Rugby Football” el caso del rugby;

IV) un conjunto de reglas escritas que exigen de los jugadores el ejercicio del estricto auto control sobre el contacto físico y el uso de la fuerza física, y que prohíben la fuerza en ciertas formas, ej. agarrar con “firmeza” y “zancadillear” para derribar al suelo a un jugador rival;

V) sanciones definidas claramente tales como “tiros libres” y “penaltys” que se pueden aplicar para castigar a aquéllos que quebrantan las reglas y, como sanción final por la violación seria y persistente de las reglas, la posibilidad de expulsar jugadores del juego;

y VI) la institucionalización de los papeles específicos que controlan el juego, es decir, los papeles de “árbitro”, “juez de línea” y “juez de contacto”. A diferencia de los “portadores del látigo” y de los “portadores del garrote” de las Olimpiadas griegas clásicas y de los piqueros del “calcio” florentino, estos jueces del juego no cuentan con la fuerza física o la amenaza de ella para asegurar el cumplimiento de las reglas sino con sanciones no-físicas que son específicas del juego como tal. Esto demuestra claramente que el carácter ordenado de estos juegos modernos depende fundamentalmente del ejercicio en gran medida del auto control de los jugadores. Un corolario de esto es el hecho de que discutir con un juez del partido o, sobre todo, golpearlo se considera uno de los actos más censurable de cualquier deporte moderno.

NOTAS FINALES

1. Este artículo se basa en la Lección Inaugural realizada por Eric Dunning en la Universidad de Leicester el 6 de diciembre de 1988.
2. En un intento por acentuar la especificidad de las formas del determinismo que actúan en el nivel social de la realidad, Elias evita el término, “causas”, y habla en su lugar de procesos de “sociogénesis” y “psicogénesis”, o, alternativamente de la “dinámica inmanente de las figuraciones”. El término, “inmanente”, no se usa en esta conexión con el significado de un proceso “necesario” e “irreversible” de “evolución” sino simplemente para resaltar el hecho que la interacción de las acciones de varias personas interdependientes es responsable de provocar un resultado espontáneo determinable al menos retrospectivamente. El concepto recuerda la referencia de Engels a los “paralelogramos de fuerzas” en su famosa carta a Bloch, aunque, por supuesto, no tiene ninguna de las implicaciones del determinismo “último” o “final” debido a “causas económicas” (Engels, 1942, 381-2).
3. Una excepción parcial con respecto a esto la proporciona el hecho de que, al menos en Inglaterra, se intentaron prohibir los antecedentes populares del fútbol moderno en los que intervenían personas que se mantenían alejadas de la práctica del tiro con arco las cuáles consideraba fundamental para los intereses militares de la nación. Por ejemplo, el rey Eduardo III promulgó la siguiente orden en 1365: “A los Sheriffs de Londres. Orden para proclamar que cada hombre sano de dicha ciudad en los días de fiesta cuando tenga tiempo libre utilice en sus distracciones arcos y flechas o ballestas y saetas prohibiéndoles bajo pena de prisión dedicarse al lanzamiento de piedras, troncos

y aros, a la pelota, al fútbol u otros juegos sin ningún valor; si la gente del reino, nobles y plebeyos, practicara de ahora en adelante el arte mencionado en sus deportes con la ayuda de Dios destacarán en defensa del reino y en pro del Rey en la guerra; ya que actualmente el citado arte está casi totalmente en desuso y la gente se dedica a los juegos mencionados y a otros juegos deshonestos, agotadores o frívolos, con lo que el reino seguramente no tenga arqueros” (Elias y Dunning, 1971, 117).

4. Así una forma del “hurling” (“hurling” a goles) con el número de jugadores limitado a 15, 20 ó 30 por bando y las reglas para limitar la violencia fue descrita por Carew en 1602 (Dunning y Sheard, 1979, 35). Igualmente, en 1561, Richard Mulcaster, el Gran Maestro de St. Paul, abogaba por una reducción del número de jugadores en los partidos de fútbol, la eliminación de algunas de las características más duras del juego, junto con la incorporación de un árbitro o, como Mulcaster decía, un “maestro del entrenamiento que puede opinar del juego, y juzgar los partidos, y tiene autoridad para mandar...” (Dunning y Sheard, 1979, 37).
5. He basado principalmente mi argumento sobre el boxeo en un artículo, hasta ahora no publicado, de Norbert Elias que originalmente formaba parte de su “Ensayo sobre el Deporte y la Violencia” (Elias y Dunning, 1986, 150-174).